

En enero del año 1974, vimos en el sector de Playa de las Machas, al norte del río Lluta, a un grupo de pescadores practicar con buen éxito la captura de peces empleando el sistema de arrastre desde la playa.

En estas labores participan más de 35 personas, que se dividen, según las necesidades del trabajo a efectuar, en embarcadores, limpiadores o destripadores de pescado, ensartadores y finalmente los que lavan en el mar el producto y lo llevan al camión que lo transporta a la ciudad de Arica para su comercialización.

Para internarse en el mar tienen dos balsas de una madera especial, el Magué, que se obtiene en la selva peruana y según nuestras averiguaciones, logramos informarnos que es cara (cada madero de estas balsas se cotiza entre 15 y 20 dólares). Completa el equipo de pesca una red con un "copo" en el centro. (la red extendida mide 70 brazas —116 metros— por 2 de ancho). En ambos extremos va unida a un cordel de 500 metros aproximadamente.

La balsa más grande está construida por 3 maderos de 4,70 m de largo con un diámetro promedio de 0,20 m por cada madero.

Además, en la proa van unidos tres maderos en forma longitudinal oblicua hacia arriba, formando un ángulo obtuso. Estos palos tienen el mismo diámetro que los de la balsa y una longitud de 1 m, sirven para remontar con mayor facilidad las olas. Todo el conjunto está amarrado por cordeles de perlón blanco de 2 cm de diámetro, en forma transversal y longitudinal, formando cuadros de una malla de 1 por 0,80 m. Estas amarras sirven, además, para afirmarse en los momentos de peligro.

El remo es una caña de bambú cortada en dos mitades longitudinales, mide entre 1,70 y 2 m, con un diámetro de 8 a 12 cm. Va unida a la embarcación mediante un cordelillo de perlón negro de una longitud que no impide el libre accionar al remar. Con este "seguro" se puede en caso de peligro soltar la caña para afirmarse de los cordeles y luego recogiendo el cordelito se tiene a la mano de nuevo el remo.

La balsa más pequeña se llama patache y está construida por 5 maderos de 4 m aproximadamente, con un diámetro promedio de 0,15 m. Tiene la misma forma que la balsa y lleva a bordo dos tripulantes y la "beta",

trozo de cuerda que se une en alta mar al resto del aparejo que va en la balsa.

En la balsa se lleva el equipo de pesca, "parada" o aparejo: 500 metros de cordel unido a la red y otro cordelaje que se amarra después con el que lleva el patache en alta mar. La red está reforzada en sus costados por cordeles o "relingas" con flotadores de material plástico en un costado y en el otro con plomos cada 1 metro; con esta disposición se consigue que la red se despliegue en forma vertical.

En cada embarcación van dos tripulantes o "embarcadores". Para internarse mar adentro se espera la "baja marea" y el sitio o fondo marino debe ser plano o a la entrada de pozos en que la corriente circula en dirección diagonal a la costa con tendencia a alejarse de la orilla de arena.

"La baja", permite llegar más cerca de la ola grande que es el último y más difícil obstáculo que se tiene que vencer para llegar al lugar en que se deben dejar las redes.

"Los embarcadores" y 4 ayudantes dejan en el agua sus "naves" y las empujan hasta cuando la profundidad se lo permite (1,60 m), luego los tripulantes trepan a la balsa y continúan internándose en el mar, ahora impulsados por sus remos de bambú, van sentados con los pies y parte de la pierna en el líquido elemento.

El embarcador de proa es el "proero" y su misión es la de impulsar hacia adelante, su compañero es el "popero" y aparte de impulsar debe mantener el rumbo y corregirlo cuando la corriente lo desvía. Es el timonel el que tiene la más importante y decisiva de las labores de embarque, de él depende el éxito o fracaso en la entrada. Si el patache puede entrar, la balsa lo hará también.

Es verdaderamente admirable la destreza, conocimiento de las corrientes costeras del mar, fuerza y resistencia de los "embarcadores". Cada ola que deben remontar representa un peligro mortal. Muchas veces la balsa al cruzar sobre una ola casi llega a quedar en línea vertical, para luego violentamente recuperar su posición horizontal y continuar con bamboleos que ponen en dura prueba el mejor sentido del equilibrio, pero se tiene que seguir avanzando y acercándose a una nueva

mole de agua que parece divertirse con este juguete, al que coge, eleva y luego lanza cual pluma al viento a otras más peligrosas que la anterior, pues cada vez que se van internando su volumen es también mayor.

Cada remero debe agudizar sus reflejos y multiplicar sus fuerzas, manteniéndose alerta a cualquier contingencia imprevista que por descuido puede transformarse en tragedia.

Cuando ambas balsas han traspasado la última ola, que ellos denominan "el tumbo grande" se juntan mar adentro, unen la "beta" del "patache" con el extremo de cordel de la balsa, el que va unido a la red. En las entradas del "copo" se conectan dos maderos de aproximadamente 2 m de largo que se llaman "jaloneras" y sirven para mantener la boca del "copo" abierta.

Regresa a la orilla el patache, mientras tanto la balsa ha ido extendiendo las redes en dirección norte, siendo dirigida en esta operación desde tierra a fin de que las dos "jaloneras" se mantengan separadas y paralelas. En el centro del "copo" se han colocado dos flotadores de plástico amarillo que indican la posición de la red con relación a las "jaloneras" y a la distancia entre el lugar elegido para recibir la pesca y el "copo". Desde el momento en que iniciaron esta operación han transcurrido 20 a 30 minutos.

Nos correspondió ver algunos inconvenientes que felizmente no tuvieron mayor importancia, como el que ocurrió cierta vez que uno de los "embarcadores" fue lanzado al aire por la balsa, luego de remontar una ola grande. Seguramente este hombre no alcanzó a sujetarse de las amarras que unen la embarcación y que también sirven para casos como éste. El otro ocurrió cuando un cordel, al momento de botar las redes y con el peso de los plomos adquirió velocidad y rozó el rostro de uno de los tripulantes, hiriéndolo superficialmente.

Desde cuando los "embarcadores" reman do se van internando en las aguas, el resto del grupo —que suman aproximadamente 35 personas— se sientan en la arena a observar atentamente las alternativas de la lucha entre estos titanes y el océano.

A cada cabeceo que dan las balsas luego de remontar una ola, lanzan exclamaciones, gri-



*La balsa en hombros, para dejarla en la arena seca*



*Regreso a la orilla para iniciar jalada de cordel y redes*



tos, instrucciones que se lleva el viento; otros fuman para consumir su nerviosismo, o sencillamente permanecen en silencio, suponemos que deben estar rogando al Todopoderoso para que la faena tenga un buen resultado y así asegurarse el sustento para sí y para el grupo familiar.

Cuando los tripulantes de la balsa y patache han remontado el "tumbo grande" se produce un relajamiento, es un suspiro de alivio general entre estos hombres que aguardan con esperanza. La válvula de escape tanto tiempo contenida se abre y se rompe la tensión que los mantenía tranquilos, para generar un movimiento colectivo, de mucha agitación; desde este momento todo es actividad.

—“¡Vamonos un poco más al norte, cerca de esa pampa, allí van a desembarcar!” —señala Rufino Lanchipa. “¡Yo me llevo estos palos!” —decide Hugo Salazar. Y así rápidamente y llenos de entusiasmo y esperanza cogen maderos, sacos paperos vacíos, bolsas de mallas, canastos palteros, tarros grandes y concurren al sitio en que se vararán las balsas.

Los que tienen mando o responsabilidad en estas tareas no son más de 15 a 20 personas. Una de ellas —“El celador”— se ha ubicado en un promontorio de arena y con una camisa en sus manos a modo de bandera hace señales. Indica a los “embarcadores” que se encuentran mar adentro algunas órdenes como: “internarse un poco más”, “separarse ambas balsas”, “alto”, “remar más al sur” o “regresen”...

Para dar el “comprendido” o indicar que las señales han sido entendidas correctamente, el “proero” levanta su remo en línea vertical sobre su cabeza.

El regreso es también peligroso, pero es más rápido por la ayuda de las olas. En la orilla, personal especializado arrastra las balsas hasta sacarlas del agua, para luego alzarlas entre 6 en hombros para depositarlas en la arena seca.

Los cordeles que vienen en las embarcaciones, son cogidos por el personal que se agrupan de 15 a 17 hombres por cada uno de los 2 lados que se deben recoger. Se inicia en estos momentos la acción en que todos participan, la “jalada”. Tiran el cordel, empiezan desde donde el agua llega a sus rodillas y lue-

go arrastran su parte hasta la arena seca, para retornar nuevamente a su punto de partida. Esto se repite una y otra vez hasta que aparece la red. Entonces ambas filas de hombres se van juntando, con esta acción impiden que se escapen algunos peces que vienen cazados en las paredes, fuera del “copo”.

—“¡Jala primo, jala! ¿Acaso la “coca” ya te tiene sin fuerza?”.

—“¡A callar carajos y júntense con los de la otra sogal!”.

—“¡Póngale e hombro Ud. también puh jefe, pa’ que vea que la custión no es tan chancaca!”.

—“¡Menos “habladuras” “cojudos” trabajen!”.

—“¡El “cholo” tiene “punche” en la lengua no ma’, H.!”.

Aquí se confunden los modismos de cada país y se escuchan los insultos peruanos junto a los garabatos chilenos que nunca faltan en ningún lugar.

Finalmente tienen la pesca cerca de la orilla a no más de 7 metros. El “copo” que es como una gigantesca red para cazar mariposas, viene repleto de peces. / ¡Qué hermosa se ve la redada, abundante, nerviosa, palpitante de vida, parece alegre, plateada como suponemos que es la representación del dinero y los coletazos de los peces contra el agua, suenan como aplausos de felicitación al término de una exitosa función.

Viene mucho pescado, “más o menos unos 3.500 a 4.000 kilos pe”, acota el “cholo Candia” que es el jefe de los “embarcadores” el “popero” con mayores conocimientos sobre “correntones” lugares adecuados donde meterse, el hombre en el cual gira toda la responsabilidad en la faena de “calar las redes”. Le sigue en orden jerárquico “el chato Julio”, también de nacionalidad peruana.

Este grupo de pescadores de arrastre con balsas, es el único que realiza este tipo de captura en el litoral de Arica.

El enorme peso de tantos peces, impide que el “copo” pueda sacarse completamente del agua, entonces para impedir que la corriente regrese mar adentro el equipo, se afirma con maderos que sujetan dos hombres y

que entierran en la arena y emplean a modo de barrera de contención.

Queda entonces el fondo del "copo" dentro del agua y la boca en la orilla, donde se desvanecen las olas. Todos cogen peces, de la cabeza, de la cola, en fin de donde se pueda y los lanzan a la arena seca. Es necesario estar muy alerta ya que la lluvia de pescado es impresionante y "al que le cae, le cae". "Pa' eso toos tienen ojos pa' mirar".

Nunca habíamos visto llover peces del cielo, pero en esta oportunidad los pescados "diluviaban". Los hombres reían a gritos con esta entretención casi infantil que les proporcionaba la premura del tiempo en que había que desocupar la boca del "copo", pues pronto la marea empezaba a subir, con la posibilidad de llevarse la pesca.

Cuando se hubo terminado con la emergencia de salvar peces, en forma tan especial, se continuó con lo usual que consiste en sacar el pescado del "copo", ensacarlo y vaciarlo al montón que se ha formado en la arena húmeda. Este trajín se repite una y otra vez: llenar bolsas de malla o sacos, cargarlas y vaciarlos al montón.

Lógicamente no todos pueden resistir este trabajo tan intenso, máxime cuando cada saco con pescado sobrepasa los sesenta kilos. Entonces, no descansan, sino que se dedican a destripar las piezas, tienen para estos efectos unos cuchillos de punta aguda y buen filo con los que prontamente cumplen su cometido. Esta labor es más descansada, por los que muchos deciden dedicarse a estas tareas, especialmente los más viejos que ya perdieron la resistencia de otros tiempos.

Las tripas las dejan tiradas en la arena, de las que darán cuenta una vez retirada la gente, las miles de gaviotas, garumas o pollitos que limpian las costas. Las "ovas o huevas" las separan y guardan en tarros de 5 lts, sirven de alimento que se llevan los encargados de estas tareas.

Cuando el pescado está destripado, lo cogen los "ensartadores" que con cordelillos de cáñamo de unos 40 cm van agrupando 4 ó 5 peces de diversos tamaños.

La experiencia acumulada en tantos años de repetir la labor de "ensartar" peces, se ve claramente en el grupo que estamos obser-

vando. Con la agilidad de dedos de pianistas introducen la "felástica" por entre las agallas, la sacan por el hocico del pez, para en seguida repetir la operación con otro y en un breve período le hacen el nudo y lista la sarta. El material para hacer estas "series" la obtienen de las espías de los barcos, que generalmetne van cambiando o se rompen en el puerto, estas espías son las gruesas cuerdas que amarran los barcos al molo de atraque o las boyas y que están compuestas de varias cuerdas más delgadas como el grueso de medio centímetro. De estas últimas se obtienen las amarras para las sargas (felásticas).

Continúa la acción. Cuando ya se tiene un buen número de sargas, éstas las cogen varios hombres que las llevan al mar, para darles una enjuagadita y con ello sacarles la arena que se les pegó al faenarlas y también para limpiarles la sangre. Este pescado faenado y limpio lo llevan al camión y en este medio de transporte a las ferias o mercados de Arica, para la venta directa al público.

Preguntamos cuál sería la utilidad monetaria que se obtendría con la venta del pescado con cierta reserva, ya que en otras oportunidades no habíamos tenido respuesta, pero sí muchas evasivas. Pero en esta oportunidad, seguramente porque ya nos conocían y sabían que estábamos haciendo un trabajo sobre estas labores, Candia contestó: "Bueno entre 155.000 a 170.000 escudos" (210 a 230 dólares).

Esta suma de dinero se reparte entre el "personal de planta". En este grupo están los 8 "embarcadores" (4 son "suplentes"). El dueño de las balsas, equipo y camión, conocido como "chino Heredia" y 6 a 8 "socios" más que no logramos identificar y que al parecer es un personal "circulante". Pero sí se puede establecer que este es el grupo que se distribuye "la parte".

El personal nuevo recién contratado recibe el 50% de "la parte" a dividir.

"El embarcador" que llega al sitio del trabajo y no conduce la balsa, siempre gana la "parte", pero en caso de ausencia no percibe dinero alguno.

El resto de los trabajadores no reciben dinero por su participación en la pesca de arrastre. Este personal se puede dividir para

primero en que están incluidos los "macheros" y en el otro los "turistas".

su mejor identificación, en dos grupos, el

Los macheros, como ya lo señalamos, no trabajan por dinero, sino que se les entrega por parte del personal de planta, una cierta cantidad de pescado que se denomina "la guachita". Por este motivo a esta gente también se les denomina "Guacheros". En Perú, según nos informara Hugo Salazar —uno de los "guacheros"— también se efectúa este tipo de captura y a los que participan en ella se les llama "huasqueros".

Cuando la pesca es abundante, "la guachita" también es crecida y sucede lo contrario cuando es mala o nula, o sea que la repartición es proporcional a lo capturado. Claro que tienen cierta prioridad los hombres que viven en la playa, ya que ellos siempre cooperan, aunque la hora de llegada del camión con las balsas sea tan temprana, que aún no aclare el día.

Algunas veces, es necesario esperar la luz solar para iniciar la jornada o también esperar la "baja" para efectuar como corresponde la "metida de embarcaciones". Entonces todos los hombres se reúnen en el ruco de Hugo Salazar, quien dentro de sus posibilidades les entrega el desayuno y la cordialidad del hombre rudo, que es profunda y verdadera. Esta actitud de Salazar, que conocí después de algún tiempo, es la que le ha dado el respeto y consideración que tienen con él toda la gente de playa que le conoce y la distinción especial que se hace con este hombre por parte del personal de planta de los "balseros".

En cierta oportunidad vimos que no fue posible entrar con "el patache", las olas se rompían una detrás de otra y la distancia entre ellas no era la suficiente como para conducir esta embarcación con éxito. Pero de todas maneras el lance se efectuó. Siguiendo las instrucciones impartidas por Candia y el "chato Julio" se estableció que no se podía entrar, pero sí salir. Inmediatamente cogieron las balsas y equipo para llevarlas a un camión y en este vehículo las trasladaron a playa del Chinchorro, que se caracteriza por sus aguas tranquilas ahora que están protegidas por el puerto artificial de Arica.

Mientras tanto otro grupo encabezado por Rufino Lanchipa que es en esta tarea el "remendero de redes", se dirigió al muelle a conseguir un "motor" (embarcación de pesca con motor).

La entrada de balsa y patache se efectuó sin novedad en esta playa del Chinchorro y mar adentro amarraron ambas "naves" al motor, los tripulantes trasbordaron y con la fuerza mecánica llegaron hasta las proximidades del "Camping las Machas" donde se desplegaron las redes y fueron recogidas en la playa como ya lo hemos dicho anteriormente en la parte principal de esta observación.

Cuando la pesca es buena, se capturan mantas-rayas de 10 a 20 kg., tollos de aproximadamente 25 kg, varias corvinillas, un robalo (que por su tamaño al venderlo costaría más de 8.000 escudos, alrededor de 10 dólares), muchos sargos grandes y medianos, roncadores y roncachos y unos pocos pichibuenos de regular tamaño.

El otro grupo, el de los "turistas" está formado por bañistas que en forma casual se encuentran en el lugar donde se efectuarán las faenas y lógicamente se entusiasman y participan tirando de los cordeles o lavando el pescado ya listo para la venta. Este grupo es el más llamativo por su aspecto de "extranjero" entre un grupo de gente más o menos homogéneo.

Consultamos el nombre y ocupación a dos de estos "turistas": uno resultó llamarse Germán Gameli, Contador del Banco de Crédito e Inversiones de Santiago, sucursal San Diego, de paso por Arica disfrutando de algunos días de vacaciones y el otro un funcionario de la Corporación de Servicios Habitacionales de esta ciudad, Raúl Barrientos O. Ambos mostraron un empeño en estas labores digno de ser empleado en sus trabajos habituales, donde seguramente no rinden como los que les vimos hacer en la playa.

Finalmente creemos que esta interesante faena ha terminado. Seguramente muchas cosas no fuimos capaces de captarlas, pero todo lo relacionado con el mar es tan grande y vasto como el océano mismo y pretender en pocas páginas reunir las informaciones de las corrientes, tipos o especies de peces, su apari-

ción frente a nuestras costas, recopilar los conocimientos y anécdotas de los viejos mariscadores que durante décadas han hecho del viejo mar su fuente de entradas económicas y su enciclopedia de la vida y del saber humano, es muy difícil.

Existen en nuestras costas muchos hombres que han conocido Arica por más de 60 años. ¡Cuántas cosas interesantes se pueden contar! Estos "mariscadores" con su esfuerzo, sacrificio y dedicación al trabajo libre y peligroso, merecen nuestro respeto y gratitud, ya que con su lenguaje tranquilo, reposado y sentencioso, nos han señalado los principales "secretos" que guarda el mar para los que se interesan en saber que hay bajo una hermosa ola o bajo el blanco manto de espuma que cubre su superficie.

Para este pequeño grupo de "balseros" y

principalmente para los "macheros" que en esta temporada de verano viven de la "guachita" nuestro agradecimiento y reconocimiento de admiración, ya que descubrimos que bajo una barba descuidada o ropajes gastados por el uso continuo tienen un sentimiento de comprensión y amistad generosa que saben dar a sus semejantes.

Luego vendrá el otoño y el invierno, con estas estaciones las bravezas del mar y el alejamiento de muchas personas que les acompañan durante la buena época. Nosotros esperamos poder seguir conociéndolos para destacarlos como se merecen estos trabajadores totalmente anónimos y que con su esfuerzo y sacrificio hacen que la alimentación, tan necesaria, sea posible llevarla hasta los hogares ariqueños.

Arica, Chile, enero de 1974